

## DE EGIPTO A CANAAN PASANDO POR EL POY

Muchas más cosas se pueden escribir de lo que pensaban y decían los salvadoreños en Mesa Grande horas antes del retorno. Pero por fin llegó la hora de la partida a sus diversos lugares. Cómo fue su regreso, con qué apoyos y dificultades, con qué sufrimientos y esperanzas, lo iremos comentando en sucesivos números. Ofrecemos hoy una narración testimonial y reflexionada, sobre el grupo que regresó a Las Vueltas, Chalatenango.

### **Un pueblo errante, pero siempre con Dios**

No es la primera vez que el pueblo salvadoreño, como antaño el pueblo de Israel, se pone en marcha. Desde hace siete años ha estado peregrinando, huyendo de la persecución y de la represión de ejércitos al servicio de los ricos y poderosos. Hace años fueron a Honduras para buscar allí un mínimo de seguridad y de vida. Allí los recogió el ACNUR, pero su llegada no fue nada fácil. Antes tuvieron que cruzar ríos profundos donde muchos quedaron sepultados, dejaron campos quemados en que algunos perdieron sus pertenencias y, sobre todo, sus hijos, pasaron junto a cerros desde los que les desaparecieron. Pero llegaron a Honduras, y en aquellos campamentos comenzaron una nueva vida y aprendieron cosas muy importantes: para sobrevivir hay que vivir en comunidad, trabajar en colectivo, comer de las mismas tortillas y frijoles, hacer su ropa y su calzado, mejorar su dieta alimenticia con el sembrado de hortalizas, cuidar de su salud y de la higiene, enseñar y aprender a leer y a escribir. Y, todos unidos, han ido también conociendo mejor a su Dios.

Pero, como para el pueblo de Jahvé, ha llegado la hora de regresar a su tierra. Han sobrevivido en los campamentos

hondureños, pero allí no están en su tierra ni los campamentos son el mejor ambiente para que crezcan sus hijos. Sienten que el Señor les dice "tomen sus pertenencias y animales y tomen sobre todo el espíritu de solidaridad, el espíritu de pueblo, y regresen a poblar su tierra, El Salvador". Y gran parte de ese pueblo, más de 4.000 personas, han escuchado esa palabra de Dios, levantan sus tiendas, recogen sus gallinas y conejos, sus martillos y cumas -los sastres, hasta sus máquinas de costura- y emprenden camino.

El regreso es duro. No han sido necesarios diez meses para que les permitan reingresar a su tierra. Ni el plan Arias ni Esquipulas II estaban en el horizonte cuando decidieron regresar en enero. Sólo seguían la voz de Dios y el saber que debían poblar y sembrar en su tierra los valores del hombre nuevo. Han tenido, es cierto, mucho apoyo de gente buena, de médicos y enfermeras, de religiosas y sacerdotes, y sobre todo del pueblo sencillo que siempre les ha dado una tortilla o cobijo para pasar la noche.

Por fin el día 10 de octubre se organiza una gran caravana de autobuses que los trasladan hasta la frontera. Con ellos llevan camiones repletos de tijeras, ollas, piedras de moler, ropas. Son como los nuevos camellos y carretas del pueblo de Israel. Ya en El Poy, la frontera entre Honduras y El Salvador, tienen sus primeros problemas, pues habían decidido seguir todos unidos y llegar hasta San Salvador para visitar en catedral la tumba de Mons. Romero, su guía y pastor. Pero esto no fue posible; no se lo permitieron. Sin embargo no se desmoralizaron. "Nosotros vinimos dispuestos, si así lo permitía Dios, a no dejarnos vencer por las asechanzas. Estábamos dispuestos a hacer con palos unas champas en el camino y sabíamos que la solidaridad de nuestros hermanos no nos iba a faltar. Ya habíamos repartido alimentos para ocho días y no íbamos a desfallecer". Les ha dolido el no poder continuar junto con los grupos que se dirigían a Santa Marta y Copapayo, pero lo entienden. "A los poderosos les da miedo ver el poder del pueblo pobre unido". Y lo que nadie les puede ya quitar es la alegría. "Ya aquí en El Poy nos sentimos gozosos, pues ya mero llegamos a nuestra patria".

## La primera misa en tierra salvadoreña

Mons. Gregorio Rosa llegó a officiar una misa en la frontera y darles así la bienvenida, junto con otras Iglesias. La emoción fue muy grande entre los campesinos. Uno de ellos lo recuerda muy bien. "Eran las seis de la tarde. En que vimos que se iba a celebrar la misa nos juntamos los equipos de pastoral y preparamos las lecturas y los cantos. Eso es sencillo pues siempre así lo hacemos. Sólo que no había lugar para ensayar y así no nos gusta demasiado". Fueron muchos los campesinos que recibieron la eucaristía en tierra salvadoreña después de muchos años. Era como un nuevo gesto de alianza con su Dios quien siempre caminó con ellos. En esto están muy claros. "Sólo el esfuerzo del pueblo y el apoyo de Dios nos ha traído aquí".

Y empezaron a pensar en su llegada a Las Vueltas, su destino final. Hacia allá van exactamente 1074 refugiados, de ellos unos 600 menores de trece años y de éstos la mitad nacidos en Honduras. En Las Vueltas les esperan otros 200 campesinos que, a su vez, retornaron allí desde los refugios de San Salvador o de los cerros y zanjones donde tuvieron que pasar largos años. También a ellos les animó el espíritu de Dios y suscitó nuevos valores de solidaridad. En el año que llevan en Las Vueltas han hecho un gran esfuerzo de trabajo colectivo, aunque no todos han seguido los mandatos del Señor y sus guías están trabajando para enderezar el camino.

La noticia de que venían los de Honduras les ha colmado de alegría. "Que alegría saber que regresan nuestros hermanos. Ya podemos comenzar a sembrar en Las Vueltas y los alrededores semillas de amor, de paz y libertad, aun en medio de la injusticia y violencia que no ha desaparecido". En Las Vueltas, en efecto, se siguen notando los efectos de la guerra y la violencia. Precisamente, el mismo día 10 de octubre, la violencia causó la muerte de un insurgente y, según los rumores, de un miembro del ejército. El cadáver del insurgente quedó abandonado y unos campesinos cavaron una tumba. Al cuerpo le faltaba un brazo y de la cabeza únicamente le quedaba el cuero cabelludo. En silencio le enterraron y rezaron un padrenuestro. En silencio, porque el ejército rodea la

población desde los cerros circundantes y eso siempre produce miedo.

### **Los abrazos del reencuentro**

Y amaneció el día 13, el día de reencontrarse en Las Vueltas muchos campesinos que durante años han vivido en lugares muy dispersos. Desde muy de mañana, los pobladores de Las Vueltas comienzan los preparativos para la bienvenida. Desde muy temprano, un joven está en el campanario para repicar en cuanto se asomen los primeros hermanos que regresan. Los niños limpian la calle, ponen gallardetes y acarrean leña. Ancianos y jóvenes esperan ansiosos en la calle. Algunos, más impacientes, salen a esperarles al camino. Los que llegan son sus padres, hermanos, esposos, hijos, tíos. Hoy es un día verdaderamente feliz. La bienvenida que les dan en mantas y pancartas es realmente sentida.

Hacia las 11:30 aparece el primer grupo de refugiados. Son un puño de cipotes con un ancianito y una señora joven que chinea a su tierno. Vienen sudorosos, rosados por el sol y cansados por el peso que acarrean, sus tanatillos diarios. Al verlos llegar, la gente de Las Vueltas comienza a comentar "es la fulana, la comadre de la niña Chayo, y el viejito es don Rosendo. Y quienes más los conocen corren al encuentro, se saludan y se abrazan. Poco a poco, durante más de tres horas, vá llegando una procesión de niños y ancianos, jóvenes y adultos. En los que les esperan y en los que llegan se siente una gran alegría, las familias, los amigos, se funden en un gran abrazo. Los niños corretean y van a ayudar con la carga que traen los refugiados. En esos momentos les hubiera gustado reventar cohetes o lanzar gritos de alegría, pero no pueden reaccionar con toda su espontaneidad pues está presente la fuerza armada que siempre cohibe. Las campanas, sin miedo, siguen revoloteando.

Una ancianita venía en carro y cuando le ayudan a bajar comenta. "Y pues, ¿cuándo vamos a llegar?" Era tanta su emoción y tanto el cansancio que no pudo reconocer su pueblo. Otra ancianita de 101 años dijo como el anciano Simeón: "Hoy ya puede llamarme el Señor pues llegué al paraíso que es mi pueblo".

Nos acercamos al grupo y vemos que muchos niños y mayores traen cajas de madera en sus manos con agujeros en los lados de donde asoman ramas de zacate; allí llevan a sus animalitos, sus conejos. Un anciano trae en sus brazos un gallo y una gallina. Cuando nos acercamos a él nos dice con gran convicción apuntando a los animalitos: "Son indios, de calidad. Regresan aquí a dar sus frutos a donde es su lugar". Otro cipote lleva sobre su cabeza un perico que no muestra ningún nerviosismo ante nuestra presencia.

A medida que van llegando los de Honduras, los pobladores de Las Vueltas buscan cómo acomodarlos. Los instalan en la Iglesia, en el convento y en varias casas vacías; también en el grupo escolar y la clínica, así llamados porque lo fueron hace muchos años, aunque ahora son sólo paredes sin techo ni puertas. A otros los llevan a las casas de los pobladores. El problema es grande: horas antes vivían 70 familias en el lugar, ahora se han multiplicado por tres, son 220 familias; pero todos quieren ayudar. Todos los que han llegado reciben una tortilla con arroz y frijoles, pero la comida escasea pues los que vienen cargan hambre, y se siente que es más la demanda que lo que tienen para repartir. Lo que sí no falta es el agua cristalina y fresca que ofrecen varios chorros instalados en el pueblo. Ante todo esto, ante esta acogida y estando de nuevo en sus lugares, muchos rostros ríen y lloran a un tiempo. Se les agolpan los recuerdos de dolor y muerte y la esperanza que brota de tantos niños y jóvenes, el futuro del pueblo.

### **Dos solemnes discursos para que todo comience bien**

Como ocurrió con el pueblo de Israel, no todo termina con la llegada a la tierra prometida. Tienen que comenzar una nueva vida, y los campesinos se remiten otra vez a Dios. Ven su rostro en los que les ofrecen el alimento, la medicina, los útiles de trabajo y el propio sacrificio del Señor. Y repiten continuamente: "Sólo el Señor y nuestro esfuerzo es lo que nos va a mover. El resto vendrá por añadidura".

Es impresionante su actitud religiosa con la que quieren impregnarlo todo. Es impresionante oírles, casi al no más

llegar, sus discursos y motivaciones religiosas. Los patriarcas que acompañan al pueblo reúnen también hoy a las 12 tribus o grupos y les recuerdan lo que el Señor les mandó cuando les dio el decálogo o normativo allá en Honduras. "Si somos bautizados, asumamos el comportamiento de cristianos. Si nos dividimos, si no pensamos en las 40 señoras que vienen sin sus esposos, viudas, en los ancianos, en los huérfanos, si no miramos primero por ellos no asumimos nuestro ser de cristianos. Aquí, ya lo dijimos, no queremos bolos, no queremos mañosos ni los que sacan chambres. También recordemos que prometimos respetar la dignidad del otro y sus bienes. Y sin embargo, algunos hermanos dificultan porque parte de sus bienes no aparecen. Ya dijimos que si alguien tiene lo que no le pertenece, déjelo bajo el palo de almendro, pues si no lo hace así y es descubierto, el pueblo, que es el que manda, lo sancionará. Ya dijimos que nuestra presencia acá es porque somos los mismos que en aquí habían. Somos hermanos, y no sirve decir unos 'ahora con la venida de éstos se ha puesto el agua más difícil' o escuchar en los otros 'aquí esos no han hecho nada'. No, hermanos, pues vamos a trabajar unidos. Y también ya dijimos que los padres y las madres cuiden a sus hijos y jovencitas".

Eran las seis de la mañana del día 14 de octubre y otro campesino, ya anciano, continúa hablando a su pueblo. "Recuerden que prometimos al Señor y a todos nosotros que íbamos a trabajar unidos. Piensen que si uno trabaja en individual y viene el cohetazo va a perder. Pero si somos todos juntos eso no pasará o, si sucede, Dios proveerá. Y recuerden: aléjense de la envidia, la pereza, el egoísmo. Debemos dejar una historia recordada de nuestros hechos. Buscamos ser un pueblo nuevo y digno y no vamos a permitir que nadie nos quite nuestra dignidad. Y cuando alguien se desvía, vamos a convencerle, trabajarlo, no dejar solo al que tambalea. Debemos estar vigilantes para dar salida a los problemas y decir sólo la verdad. Así vamos a presentar la nueva mentalidad de esta comunidad a los otros cantones y pueblos. Ustedes vieron al pasar que ellos están más destruidos y en miseria. Con nuestro ejemplo los vamos a enseñar cómo se hace para salir de esa situación. Nosotros traemos sastres, zapateros, sanitarias, educadores, carpinteros, fontaneros... Sólo con la ayuda del Señor y nuestro esfuerzo, sólo así podemos vivir". No es

fácil el camino. De los poblados de Las Vueltas, unos se unirán a los refugiados y su mística; otros, quizás no. Pero ahora todos confían en poder vivir como hermanos.

### Comenzar a vivir

Sólo llevan 3 días, estamos a 16 de octubre, y ya han recorrido el lugar para ver dónde levantar sus tiendas. Han hallado un cantón, La Ceiba, asentado en un cerro pacho, cubierto por frondosa vegetación y lleno de cráteres que han dejado las bombas de los aviones. La ermita sólo tiene en pie el campanario. Pero en esa frondosidad hallamos guineos, limones, palos de zapotes y otras tantas frutas cuyos nombres pronuncian los campesinos, pero que son desconocidos para los de la ciudad. Algunos de los regresados vivieron antes en ese lugar y van buscando su casa, el palo de naranjo agrio, el aguacate, y lo encuentran destruido. Pero el Señor les ofrece frondosos bambúes que han resistido a las fuerzas de la guerra y comienzan a talarlos para que sirvan de listones a los techos provisionales de sus champas. Otros, hombres y mujeres, recogen zacate que sirva para hacer el techo y les cobije, sombreando al sol y calmando el norte de la noche en la montaña. Otro grupo se ha ido a revisar los tanques de agua. A este grupo se suman algunos que no han venido de Honduras y tienen la primera experiencia de compartir. Al ir monteando, han encontrado grandes racimos de guineo maduro. Es la hora del almuerzo, los cortan y comienza la plática de cómo los van a repartir. "Es para todos por igual". Van contando el número de guineos y las bocas para alimentar. No son matemáticos, comienzan haciendo puños de guineos y pasan un tiempo haciendo cálculos. Pero al final todos comen.

Los más ancianos han salido a preparar las almacigueras para sembrar la hortaliza. Han traído desde Honduras semillas de pepino, heno, chile, zanahoria... Saben que si empiezan a sembrar ahora pronto recogerán los frutos. Las mujeres bajan o suben del río para limpiar el nixtamal y poder moler y tortear el alimento para todos los grupos. Los niños acarrean leña que buscan en las milpas ya cosechadas por los hermanos que allí residen. Otros bajan al río a bañarse, a pescar cangrejos, a conocer los alrededores del pueblo. Los enfermos llegan

al botiquín en busca de remedio. En los niños no se ve desnutrición, pero sí las enfermedades de la niñez, tosferina, diarreas...

Los delegados de la palabra se presentan al equipo pastoral que allí trabaja y dicen cómo va a trabajar. "Debemos reunir a los catequistas y preparar el estudio de las lecturas de la misa para que todos participemos". Un violinista, anciano, muy serio en su papel de director del coro, se niega a tocar en la misa porque, dice, no ha habido preparación. Una buena lección. La eucaristía hay que tomarla en serio y sólo si el coro se presenta con dos horas de antelación a ensayar se cantará en la misa.

### **La primera muerte**

De pronto se oye a varias mujeres riñendo a sus hijos. Están nerviosas porque ha ocurrido la primera tragedia. Un señor trae en lomo a un niño de diez años que acaba de ahogarse en el río. Allá bajó con su mamá; y mientras ella lavaba la ropa, él se fue a una poza. No conocía el lugar y un remolino se lo llevó. Era la primera muerte a los tres días de haber llegado. El niño era mudito y no pudo articular ningún grito pidiendo auxilio. Esta nota triste volvía a recalcar la mezcla de esperanza y sufrimiento de este pueblo de Dios. Sin embargo, sigue caminando con su Dios. Una señora comentaba: "¿Quién como Dios? Nadie como El y María su Madre, la principal. Y si ambos gustan de caminar con nosotros, ¿por qué temer?"

Por la noche grandes y pequeños descansaban entre hamacas y colchas. Un puño de mujeres, algunos hombres y varios niños, rezaban y cantaban alrededor de Ulises, el niño que había muerto. Su mamá le puso sus mejores ropitas para llevarlo al cementerio. Varios hombres buscaron madera y clavos para construir el ataúd. Allá, en el mismo lugar en que velábamos su cadáver, pintaron el ataúd con carbón al fuego y escuchábamos el ruido del cepillar la madera. La familia lloraba y la gente rezaba a la Virgen y cantaban el "Resucitó". Una lámpara Coleman, instalada en el techo de la Iglesia, iluminaba la escena. A la mañana siguiente enterrábamos el primer repoblador de Las Vueltas venido de



Honduras.

### **La primera vida**

Ha comenzado una nueva vida. Hay muchas tareas que cumplir. Hay que alimentar a la población, construir viviendas, sembrar sus hortalizas, levantar letrinas y chorros, cuidar la salud y la educación, preparar con el esfuerzo colectivo nuevas y primeras cosechas, continuar con el trabajo pastoral que surge de lo más profundo de la fe de este pueblo, animar a caminar por los senderos de justicia, amor y paz para que todos puedan tener la experiencia de vivir en la libertad de los hijos de Dios.

Exactamente una semana después de su llegada a Las Vueltas, el día 20 de octubre, nacía la primera niña de los que retornaban de Honduras. Alguien hizo una reflexión sapiencial: "Si nacemos, moriremos. Pero mientras vivimos, ahí hay que trabajar". La niña recién nacida hace el número once de los hijos de la niña Marta. Dio a luz hincada, acompañada de su esposo que la animaba. A la niña le han puesto el nombre de María Luz. Ella es la primicia de la nueva vida y quiere ser el símbolo de la luz que ilumine y guíe a esta comunidad.